

DOMINGO VII. T.O. CICLO C

Con ojos nazarenos
HH. SAGRADA FAMILIA



LAS LECTURAS

Evangelio según San Lucas 6, 27-38

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

- A los que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian.

Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, déjale también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames.

Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien sólo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen.

Y si prestáis sólo cuando esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores con intención de cobrárselo.

¡No! Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada: tendréis un gran premio y seréis hijos del Altísimo, que es bueno con los malvados y desagradecidos.

Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo, no juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante.

La medida que uséis la usarán con vosotros.

EL COMENTARIO DESDE NAZARET

"Amad a vuestros enemigos"

Después de la introducción que leímos el domingo pasado, el evangelio de hoy nos mete de lleno en lo que se ha dado en llamar discurso o sermón de la montaña. En la versión de Lucas habría que llamarlo más bien discurso de la llanura, pues comienza con estas palabras: "Al bajar con ellos, Jesús se detuvo en la llanura..." Lc. 6,17.

Forman este discurso una serie de dichos, máximas y parábolas de Jesús en las que expresa el comportamiento que espera de sus seguidores y, en su conjunto, describen lo que podríamos llamar la identidad cristiana. Según Lucas, Jesús cumple así su misión de anunciar la buena nueva a los pobres, prisioneros, ciegos y oprimidos, tal y como, citando a Isaías, había dicho en su intervención programática de Nazaret (Lc. 4,18).

La parte del discurso que leemos hoy se centra en el amor a los enemigos, precepto que viene repetido por dos veces en pocos versículos y del que los otros dichos pueden considerarse como casos particulares. Es de notar precisamente el aspecto imperativo, casi solemne, que Jesús da al mandato y que contrasta con afirmaciones similares de algunos filósofos más tolerantes del ambiente griego y de algunos escritores judíos de aquel tiempo. Jesús prescribe una benevolencia activa y desinteresada con respecto a quienes se presentan como adversarios o enemigos. Es una actitud de generosidad que podríamos calificar de inverosímil para quien se deja guiar únicamente por los parámetros normales de comportamiento: "los pecadores aman a los pecadores".

Quien se pone en camino con Jesús, pasa a un mundo de gracia donde la fuente y la razón de ser, como en último término también el modelo, es el gesto misericordioso del Padre, que tampoco cabe en los cálculos puramente humanos.

Ese es el "hombre nuevo" de que habla la segunda lectura de hoy.

En Nazaret

No resulta difícil, para quien desea meditar el evangelio desde Nazaret, trasponer las enseñanzas que Jesús da hoy del modo imperativo al modo indicativo para descubrir el estilo de vida que reinó entorno al "último Adán, que es espíritu de vida" (ICo 15,46).

Algo dicen los Evangelios del comportamiento humilde y sereno de la Sagrada Familia frente a los enemigos del recién nacido Mesías y de quien "buscaba al Niño para matarlo" (Mt 2,13). La actitud de Jose frente a María encinta es una traducción viva del "no juzguéis" del evangelio de hoy. Pero, sobre todo, podemos pensar que fue en la vida de cada día, en los pequeños detalles de la convivencia cotidiana con las otras familias de Nazaret donde Jesús, María y José vivieron el olvido de las ofensas y esa misericordia y generosidad que constituyen el corazón mismo del evangelio.

Cierto es que la relación personal entre los miembros de la Familia de Nazaret, basada en los vínculos familiares y en la fe, debió desarrollarse a unos niveles de profundidad y de ternura que se nos escapan. Pero también ellos debieron, en muchas ocasiones, proyectar ese amor a su alrededor y afrontar situaciones difíciles y desagradables. "Si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?" (Lc. 6,33).

En Nazaret podemos decir que fue el único lugar donde el modelo del "Padre misericordioso", que es propuesto como horizonte último de quien vive el evangelio, encontró su plena realización humana, pues de allí salió el hombre Dios para dar su vida por todos.

Vivir la misericordia

Es sorprendente la divergencia de Mateo y Lucas al poner en boca de Jesús la versión neotestamentaria del precepto "Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios soy santo" (Lc. 10.). Mateo dice: "Tenéis que ser perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto" (Mt. 5,48); Lucas: "Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso" (Lc. 6,36).

Dejando aparte el problema exegético, es esa misericordia divina, propuesta como modelo último, el centro del mensaje de la Palabra en este domingo. Se trata de una invitación que puede unificar todos los otros preceptos o normas de comportamiento que en ella leemos. El no juzgar, el prestar sin pedir retorno, el amor al enemigo, etc., tienen, en efecto, como centro unificador ese amor misericordioso, característica esencial del Dios revelado por Jesús, que es al mismo tiempo exigencia suprema para sus seguidores.

Ese es el único modo de ser "hijos del Altísimo". Notemos que ese mismo título "Hijo del Altísimo" es el que el ángel emplea para designar a Jesús en el momento de la encarnación (Lc 1,32).

Así pues, la identificación con Cristo, el "hombre nuevo", y la filiación divina, "ser hijos del Altísimo", se realiza existencialmente en esa actitud de misericordia con el prójimo que se resume en la regla de oro de "tratar a los demás como uno desea ser tratado por ellos". El sumun de la vida cristiana encuentra su correspondencia y armonía con la intuición más sana de la sabiduría humana.

H. Teodoro Berzal